

**Política y polémica en América Latina**  
Las revistas *Casa de las Américas* y *Mundo Nuevo*

Idalia Morejón Arnaiz

ALMENARA 

CONSEJO EDITORIAL

Luisa Campuzano	Waldo Pérez Cino
Adriana Churampi	Juan Carlos Quintero Herencia
Stephanie Decante	José Ramón Ruisánchez
Gabriel Giorgi	Julio Ramos
Gustavo Guerrero	Enrico Mario Santí
Francisco Morán	Nanne Timmer

© Idalia Morejón Arnaiz, 2017

© Almenara, 2017

[www.almenarapress.com](http://www.almenarapress.com)

[info@almenarapress.com](mailto:info@almenarapress.com)

Leiden, The Netherlands

ISBN 978-94-92260-17-8

Imagen de cubierta: Gautier d'Agoty, 1759

Wellcome Library, London

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this book may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise) without the written permission of both the copyright owner and the author of the book.

## LA POLÉMICA *CASA* / *MUNDO NUEVO*

Haydée Santamaría consideraba la revista *Casa* «difícil de hacer porque es literaria y no deja de ser política». «Pero creo», decía, «que una de sus características es que no le tememos a la polémica. Después de todo, la polémica nos sirve para medir nuestras fuerzas» (Sarusky 1988: 6). La polémica parece ser, para Haydée, la medida discursiva del poder; su concepción agónica de la palabra es el aire de familia que aproxima a la revista de la Revolución. La imagen de *Casa* como gestora de debates era, en el contexto político de los años sesenta, un valor connotado positivamente por la izquierda. Optar por el enfrentamiento ideológico le rindió no pocas pruebas de unión y de consenso, al instaurar como práctica nuevos modos de calcular y mostrar el peso de las adhesiones contra el liberalismo, el anticomunismo, el imperialismo. Asumir la crítica era el eje que perpetuaba su centralidad. Y para medir las fuerzas, lo principal era contar con un adversario que justificase, en una escala de «valores negativos», la necesidad de establecer, en lugar del diálogo, una suerte de versión letrada de la lucha armada. La agresión verbal, la actitud de alerta y la permanente salida al paso del oponente incrementaron las diferencias y transformaron a sus protagonistas en (re) productores de repertorios ideoestéticos que parecían no tener cabida en el único lugar posible para la convivencia intelectual: el espacio letrado latinoamericano.

El deseo de colmar el continente con miradas regidas por la exclusividad de sus enfoques –la necesidad de imponer lo moderno a tra-

vés del gesto épico, o el proyecto de mantener un universo literario desgajado de lo político— rotularon a *Casa y Mundo Nuevo* con los sellos del compromiso revolucionario y de la autonomía intelectual. Ambas encontraron en la polémica una forma de ocupar el territorio de lo ajeno con sus propios mensajes, de hacerlos circular al borde mismo del escándalo sin que los principales protagonistas aparecieran involucrados de una manera personal. Es el estilo guerra fría de discursar, forcejear, hacer proselitismo, alzar triunfos; es la tensión de una época que mal supera los estragos del fascismo y ya encuentra la fuerza de los nuevos imperios tensando y dividiendo a maestros y condiscípulos en América Latina.

La discusión entre los directores de las revistas —que se extendió con intensidad a sus índices y temarios— tuvo lugar en un contexto de inestabilidad ideológica marcado por el auge de los movimientos guerrilleros y sus tensiones con los partidos comunistas, por la proliferación de regímenes militares, a lo que se sumaba la presencia ideológica y militar de los Estados Unidos en los países de la región (invasión a República Dominicana, programas de investigación auspiciados por fundaciones norteamericanas, como Camelot, Numismático y Simpático). En esas circunstancias, la intelectualidad de izquierda se organizaba en torno a revistas que seguían el modelo discursivo de *Casa* y que además se inspiraban en idénticas formas enunciativas, tales como el género epistolar y las encuestas<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Basta revisar los géneros y los contenidos de *La Rosa Blindada* para constatar su papel coadyuvante en la difusión de los mensajes lanzados por la revista cubana. En el mismo número en que reprodujo las primeras cartas intercambiadas entre RFR y ERM, *La Rosa Blindada* publicó los siguientes textos: Regis Debray, «América Latina: problemas de estrategia revolucionaria»; Moc Vien, «¿Quién vencerá en Vietnam?»; Estela Canto, «Un revolucionario»; Horacio N. Casal, «El gordo»; Juana Bignozzi, «Poemas»; Isaac Babel, «Opiniones»; Gorki, Budienny, Vishnevski, «Polémica»; Marcelo Ravoni, «Venezuela: intelectuales en armas»; Debray, Maspero, «El papel de los intelectuales en la liberación nacional»;

La polémica también se vio favorecida por un dinámico engranaje editorial (Sudamericana, Emecé, en Argentina; Fondo de Cultura Económica en México) que se nutría de jóvenes manuscritos; fue estimulada por los nuevos premios literarios (Casa de las Américas y Seix Barral colmaban las ambiciones) y por un nuevo estilo de hacer crítica literaria. Por otro lado, los grupos (*Sur*, *Orígenes*) que durante las décadas anteriores impusieron un gusto de lectura y un modelo de escritura basados en el cosmopolitismo y la separación entre cultura y política fueron desplazados por el interés de los jóvenes escritores en reflejar y participar de la cotidianidad revolucionaria.

#### EL ATAQUE A MUNDO NUEVO

El antecedente inmediato a los desentendimientos entre los directores de *Casa y Mundo Nuevo* puede ser ubicado en el Congreso de Génova, en enero de 1965. Allí tuvo lugar un primer contacto entre ambos, que Ángel Rama trató de desactivar. En 2002, al interrogarlo acerca de la presencia de escritores cubanos en la revista del ILARI, Fernández Retamar evitó valorar el peso de las colaboraciones de los exiliados, y en su lugar se refirió a la «falta de presencia» de escritores cubanos en *Mundo Nuevo*, es decir, a los «no exiliados»:

por considerarla una revista que había sido proyectada desde una perspectiva hostil a la Revolución cubana, cosa sobre la que me había advertido muy tempranamente Ángel Rama, cuando en enero de 1965 en Génova una institución que ya no existe que se llamó Columbianum organizó un famoso congreso de escritores latinoamericanos junto con otros congresos [...] Cuando se celebró este congreso, recuerdo que Emir Rodríguez Monegal nos invitó a almorzar o a cenar a Cintio Vitier y a

---

Gorriarena, Broullon, Noé, Aguirrezabala, «Encuesta plástica»; Fidel Castro, «Carta a U-Thant».

mí para hablarnos del proyecto de la revista. Yo no sabía nada sobre el particular, yo apreciaba la obra crítica de Emir Rodríguez Monegal [...] Desconocía las malas relaciones entre él y Rama, no estaba al tanto de los detalles. Después de este almuerzo o cena Rama, enterado de ello, me desmintió sobre –podemos decir contra– Emir, un poco para mi sorpresa, pues yo desconocía las malas intenciones, que no eran sólo malas relaciones personales, sino también de orientación ideológica. Y así fue que vine a tener una idea de lo que era el proyecto de esa revista. (Morejón Arnaiz & Chiampi: en línea)

Sin embargo, lo que interesa resaltar en esta cita es la necesidad que tiene Fernández Retamar de precisar el contexto y las circunstancias generales en que comenzó su corta relación con Rodríguez Monegal, la cual, según su testimonio, nació marcada por la sospecha. A su regreso a la isla, el cubano es nombrado director de *Casa*, y Rodríguez Monegal, cuyos contactos con el CLC precedían en mucho a este encuentro, tampoco tardaría en poner en funcionamiento su proyecto editorial. Por otro lado, las polémicas de Rama con Rodríguez Monegal, hasta entonces circunscritas al ámbito uruguayo, a partir de entonces serían expuestas a los reflectores de la opinión latinoamericana. La agilidad con que Rama mina el entendimiento entre su oponente y los cubanos, como veremos más adelante, muestra su determinación en no dividir con Rodríguez Monegal la centralidad extra provinciana que Cuba le garantizaba.

De ese primer contacto surgió una invitación de Fernández Retamar para que Rodríguez Monegal colaborase en la revista cubana y para que participase como jurado en el Premio Casa de 1966. Al inicio, las advertencias de Rama parecen no preocupar al cubano, y en abril de 1965 le escribe a Rodríguez Monegal una breve carta en la que expone la nueva orientación que *Casa* seguiría bajo su mandato:

Tengo empeño en que podamos hacerla, cada vez más, una revista de ideas, con un amplio criterio intelectual que permita confrontar

visiones variadas en el campo de la cultura americana, la cual vive hoy en Cuba, y en el continente nuestro, un momento de tanto interés.

Considero desde luego de la mayor importancia poder contar con trabajos tuyos en esta revista que me complace poner a tu disposición.<sup>2</sup>

Después de siete meses sin responder, el 1 de noviembre de 1965<sup>3</sup> Rodríguez Monegal le escribe desde México comunicándole su nuevo proyecto de revista y tratando de confirmar su visita a La Habana, a todas luces con el objetivo de obtener colaboraciones para *Mundo Nuevo*:

Una de esas cosas es la oferta de dirigir una revista literaria en París para América Latina. La he aceptado porque el grupo que me la ofrece (vinculado al Congreso por la Libertad de la Cultura pero no dependiente de él) me asegura toda la libertad de elección y orientación. Entre las cosas que he especificado con toda claridad, deletreándolas, está la colaboración de intelectuales cubanos. Hay que erradicar definitivamente el maccarthismo. Aceptaron y creo que sería muy conveniente que yo visitara La Habana. Tú me habías dicho que podría ir como jurado de la Casa de las Américas. La idea me tienta aunque tal vez eso me exija demasiado tiempo y trabajo. Te ruego que me aclares estos puntos:

[...]

b) Qué posibilidades tendría de hablar con los distintos grupos, distintas revistas, distintas personalidades importantes, en un plazo breve (una semana, por ejemplo).

---

<sup>2</sup> Carta de RFR a ERM, 2 de abril de 1965. Todas las citas de esta correspondencia, que me facilitó en copia Enrico Mario Santí, provienen de *Emir Rodríguez Monegal Papers (C0652): 1941-1985, bulk 1965-1968*. En lo adelante, además de consignar la fecha puntual, se referirán como Rodríguez Monegal 1965-1968.

<sup>3</sup> Cartas de la polémica: 1/11/1965: ERM a RFR; 6/12/1965: RFR a ERM; 29/12/1965: ERM a RFR; 7/3/1966: RFR a ERM; 6/4/1966.

Es fundamental para mí este enlace y creo que lo puede ser también para ustedes porque creo que esta revista va a ser una oportunidad para todos los que creemos en una cultura latinoamericana viva y de hoy [...]

Explicar el porqué aceptó dirigir una revista del CLC implicaba saber que existía desconfianza sobre su orientación política, y por tanto, Rodríguez Monegal entrega su palabra y su prestigio en garantía; de algún modo quiere tranquilizar al cubano, pues de antemano conoce lo previsible –en un sentido negativo– de su reacción. El uruguayo se presenta como el intelectual que, desde la margen opuesta, defiende un proyecto cuyo punto de afinidad con la izquierda internacional (la lucha contra los poderes reductores de la libertad intelectual) le permitiría concretizar sus planes. Así, se vale del tono enfático y del modo imperativo para probarle a su colega cierta fidelidad afectiva, cierta constancia ética, cierto compromiso personal, en buena medida pensados para validar su proyecto y reducir al mínimo los argumentos en contra que podría esgrimir el cubano.

Al mismo tiempo el futuro director de *Mundo Nuevo* se presenta con tal seguridad de sí, tan decidido no sólo a llevar adelante su empresa, sino también a que los cubanos la acepten, que enseguida pasa a organizar su viaje a La Habana, y pone a Fernández Retamar en función del mismo. El director de *Casa* es interpelado como un colaborador *a priori*; Rodríguez Monegal le adjudica funciones de índole práctica para garantizar el éxito de su visita y de su revista. Esta primera carta le propone a los cubanos un negocio redondo: el intercambio intelectual basado en relaciones personales que garantizan un amplio margen de legitimidad, y cuyos resultados podrían ser divididos en beneficio de la comunidad literaria latinoamericana.

Sin embargo, adelantarle a la revista-guía de la izquierda un proyecto que se presenta a sí mismo como una oportunidad y un credo podría ser interpretado desde la isla como un modo de querer absorber o de encauzar por otros derroteros el capital intelectual que

sustentaba a la revista cubana. Frente al empeño de convertir a *Casa* en una revista de ideas, *Mundo Nuevo* aparece entonces, antes de su surgimiento, como una competidora y como una amenaza. Cuando Rodríguez Monegal la describe como «una oportunidad para todos los que creemos en una cultura latinoamericana viva y de hoy», lo que subyace en sus palabras son los vacíos que encontraba en la futura oponente. Su pretensión de actualidad y de modernización sugiere enseguida que sería otra la mirada, otra la lectura, otra la zona estética privilegiada. La «oportunidad» que la revista del uruguayo parece concederle a la literatura y a los intelectuales delimita un territorio de letrados cuya identidad se define por la unidad en torno a su proyecto. Al emplear la primera persona del plural («para todos los que creemos»), el crítico se reconoce como figura modélica de un credo estético que si bien no excluye a los cubanos, tampoco les ratifica el liderazgo. Al pedir colaboración para su revista y convocar al director de *Casa* para que trabaje en función de ella preparándole contactos en el interior de la isla, Rodríguez Monegal está invadiendo el centro que instituye, organiza, controla y difunde hacia el resto del continente un discurso que no admite relacionarse con «el otro». Al mismo tiempo que su epístola busca el acercamiento, también está pensada como forma de negociar la presencia de escritores que, si bien no era posible localizar en las instancias oficiales de la cultura, como José Lezama Lima o Virgilio Piñera, por su importancia intelectual eran centrales, dado el nivel literario que sus colaboraciones garantizarían.

Ahora bien, si Rodríguez Monegal estaba interesado en contactar a escritores que habían pasado a ocupar un lugar secundario frente a la emergencia de la joven guardia cultural, ¿por qué Fernández Retamar es el principal enlace? No olvidemos que *Casa* era entonces una especie de *carrefour* internacional, el lugar de las confluencias y de los intercambios, el sitio adonde todos miraban, el ámbito codiciado por los jóvenes talentos provenientes de las clases medias del

continente, que mal conseguían dar crédito a lo que sus ojos allí veían: una movilidad incesante de clases, razas y castas, una fusión y un desplazamiento en el que todo lo proveniente de una época anterior a 1959 parecía fosilizado, burgués y decadente, y necesitaba ser reestructurado, eliminado, resemantizado. Cuba y su Revolución tropical les ofrecían un paisaje humano y una dinámica política que el tradicional provincianismo de otras sociedades latinoamericanas no conseguía «descodificar». Bajo el impacto causado por el nuevo modelo social, la realidad del continente cobraba nuevas dimensiones. Así, al mantener buenas relaciones con la revista cubana Rodríguez Monegal garantizaba la libre circulación de su revista y su aprobación por parte de los escritores que los cubanos habían conseguido «organizar» durante todo un quinquenio. De la aceptación o del rechazo de los posibles colaboradores parecía depender, en buena medida, parte de la red latinoamericana de adhesiones, así como la solidez misma del proyecto parisino. No se trataba sólo de integrar a la nueva revista la literatura que se producía en la zona política más llamativa de la década, sino que, además, obtener el consentimiento del grupo que controlaba el discurso literario de la Revolución significaría probar la legitimidad (y el éxito) de una empresa que, si bien estaría financiada por una organización que vivía de fondos estadounidenses, se quería, por sobre todas las cosas, personal.

Lejos de provocar, Rodríguez Monegal se expuso con cautela y trató de poner el parche antes de que la mala fama del CLC transformase su revista en escándalo. Para sortear la previsible hostilidad de los cubanos utilizó como elemento de persuasión el valor cultural y latinoamericanista de su proyecto. Pero definitivamente, las «sutilezas semánticas» no funcionaron, y el 6 de diciembre Fernández Retamar le responde:

Como te considero hombre de buena fe, te hablaré sin ambages, con igual buena fe: el Congreso de marras es una organización creada

para algo, que es, precisamente, lo contrario de lo que nuestros países requieren. Financiado como está por los Estados Unidos, tiene como única misión la defensa no de «libertad de la cultura», sino de los intereses imperialistas norteamericanos, agenciándose para ello, la colaboración de intelectuales de diversos matices, algunos de los cuales no son hostiles a nuestras causas... Si crees de veras que la sutil distinción semántica de estar «vinculado al Congreso por la Libertad de la Cultura pero no dependiente de él», te permitirá «toda la libertad de elección y orientación» en el nuevo *Cuadernos* que preparas, me temo, Emir, que has sido sorprendido en tu buena fe, de la que no tengo por qué dudar.

Con esta respuesta, Fernández Retamar inaugura la polémica epistolar con el futuro director de *Mundo Nuevo*, que aparece como un intelectual ingenuo e ignorante de los vínculos entre la revista que dirigiría y la cara oculta de la CIA. Dentro del contexto político cubano, los pormenores de los acontecimientos culturales de las instituciones liberales eran acompañados paso a paso, a manera de rever las estrategias discursivas que la Revolución debería asumir para mantener, si no la hegemonía, al menos un equilibrio en la lucha por el control de la interpretación y de los espacios ideológicamente sensibles a la influencia revolucionaria. Fernández Retamar se dirige al uruguayo como si controlase informaciones que, aun concerniendo a *Mundo Nuevo*, su adversario ignorase.

Aunque parece una réplica personal, ésta lleva también el cuño de la institución cubana, el número de registro con que sería archivada y la fecha en que fue expedida. Sobre estas marcas burocráticas se extiende la firma del sujeto Fernández Retamar, reforzando así los vínculos entre la política oficial y el punto de vista individual. Entonces cabría preguntarse: ¿es la voz del intelectual o es la voz de «la Casa»? ¿Es su propio discurso o es el de una revista que, como hemos visto en sus editoriales, invoca y condena los mismos hechos, idénticas políticas? ¿Por qué sus argumentos cautivan, fascinan, al punto de convencer o presionar a otros escritores por la toma de

partido explícita? La retórica de la epístola cubana es la misma de la oratoria que el comandante Castro improvisaba en la Plaza de la Revolución y con la que hacía vibrar al pueblo. La imagen de Fernández Retamar es la del joven intelectual que vive en una isla «en pie de guerra», amenazada. Mientras tanto, Rodríguez Monegal se escuda tras un discurso culpable. ¿Por qué el origen del dinero que financiaría a *Mundo Nuevo* es cuestionado, cuando es un hecho que los roles de cada una de las revistas son totalmente coherentes con las instituciones que las financian? Los ámbitos desde los que se polemiza parecen ser, para estos intelectuales, mucho más importantes que la palabra individual. Porque, no es difícil descubrirlo, ambos autores actúan como mensajeros de instituciones que se comunican a través de sus voces subalternas. De la misma forma en que Rodríguez Monegal le garantizaba al cubano el consentimiento «del grupo que me la ofrece», también Fernández Retamar coloca como la última palabra en la discusión las decisiones de sus propios superiores: «Además, con toda sinceridad, la Dirección de la Casa de las Américas, a quien hablé de esto, estima que encontrándote ahora al frente de un órgano del Congreso por la Libertad de la Cultura, no debías formar parte del Jurado».

La respuesta a la misiva de Rodríguez Monegal da inicio a un proceso de autenticación de la verdad, cuyo objetivo es debilitar el discurso antagonista. Dicho proceso pasa por dos momentos: primero, como lo muestra la cita anterior, Fernández Retamar critica la tesis adversa y presenta su propia tesis (no existe el diálogo ni la independencia cuando se está vinculado a un órgano financiado por el imperialismo); segundo, refuta la tesis adversa utilizando como técnicas la contra-argumentación, el cuestionamiento sistemático de la tesis contraria, la invalidación del adversario en su palabra. A lo largo de su epístola, invoca siete veces la revista *Cuadernos*, que es situada en el lugar de lo viejo y de lo reaccionario, al tiempo que construye el precedente que desautoriza el nuevo proyecto: «[*Mundo*

*Nuevo*] vendrá a ocupar el sitio y la función que acaba de dejar vacantes con su esperado fallecimiento *Cuadernos*»; «la pobre *Cuadernos*»; «el nuevo *Cuadernos* que preparas»; «de haber colaborado nosotros en *Cuadernos*, por ejemplo, no por eso tu antecesora hubiera sido una revista menos enemiga de nuestros pueblos»; «con *Cuadernos* desaparece un método, no un propósito»; «pero es igualmente seguro que la orientación ulterior escapará de tus manos, según el ejemplo de *Cuadernos*»; «pero no podía menos, a fuer de buen amigo, que explicarte por qué me es imposible colaborar con el nuevo *Cuadernos*».

Cuando todavía *Mundo Nuevo* no existía en el papel, su identidad ya era asimilada a la de *Cuadernos* «en sus editoriales, sus notas, su orientación general». La orientación independiente que Rodríguez Monegal pretendía garantizarle a su empresa es marcada negativamente e inscrita en una línea de sucesión carente de prestigio. La revista nonata del ILARI es calificada de nueva en su método, y al mismo tiempo de vieja en su propósito. Al rechazar el origen ideológico de la antigua publicación del CLC, Fernández Retamar descalifica la proposición de Rodríguez Monegal como falsa e incoherente, al tiempo que invierte su campo de valores, sustrayéndole «la verdad» de su elección. Ella es, asimismo, el criterio que regula los valores aceptados desde la izquierda, y la justificación de todo su discurso. Profético, persuasivo, agresivo, afectuoso, indignado e irónico, el director de *Casa* echa mano de la verdad de la izquierda para argumentar la incompatibilidad «evidente» entre el héroe y el traidor.

Desde el punto de vista de *Casa*, toda la polémica está configurada a partir de una estructura binaria, compuesta por los tópicos del héroe revolucionario y del traidor ingenuo. Como lugar de la enunciación, el primero escoge el espacio cubano, donde se concentra una masa intelectual perspicaz, cuyos intereses parecen coincidir con las directrices de la institucionalidad revolucionaria, y dispuesta a no dejarse engañar por «las maniobras del enemigo»; mientras que el segundo, quien para abrir una brecha en el diálogo ha tenido que

emplazar a sus «superiores» del CLC, ve su identidad inscrita en el espacio reservado al intelectual solitario y confundido.

El modo combativo en que Fernández Retamar le sale al paso a los nuevos proyectos del CLC, la precisión con que trata de hacerle entender a Rodríguez Monegal la magnitud de su error al asumir un compromiso que lo vincularía a la política de los Estados Unidos, muestra el dominio de una estrategia que consiste en utilizar una argumentación que engloba al adversario para dar cuenta de sus insuficiencias. «Me dirás [...] que me has pedido colaboración y no consejo», le escribe el director de *Casa*. Así, la capacidad de análisis y la visión política del uruguayo quedan en entredicho. En la carta del cubano, las razones del crítico parecen fácilmente descalificables. La pugna por la posesión de un territorio intelectual que se torna cada vez más central en la cultura literaria de los sesenta hace que la discusión sobre el surgimiento de una nueva revista se instale sobre el lugar de la verdad «oculta» que se interpone entre Fernández Retamar y su oponente: «Como te considero hombre de buena fe, te hablaré sin ambages, con igual buena fe». La sinceridad y la honestidad intelectual conforman el terreno moral en el que ambos coinciden, es la premisa común al debate, es el preámbulo a la revelación del «secreto» que Fernández Retamar insiste en hacerle creer a Rodríguez Monegal que él ignora. El cubano cuestiona el valor de la tesis del fundador de *Mundo Nuevo* al mostrarle que comporta consecuencias contrarias a su propio proyecto. El razonamiento *ad hominem* elaborado por Fernández Retamar pretende colocar a su adversario contra sí mismo, ridiculizarlo y mostrar que sus argumentos lo llevan a conclusiones opuestas a aquéllas en las que se apoya: «Nadie puede proponer en serio que estas fantasías se tomen por realidades».

La afectividad de las primeras tres cartas, que se concentra en el saludo y la despedida («Querido Roberto» / «A la espera de tus noticias va un gran abrazo»; «Amigo Emir» / «Recibe un saludo, con recuerdos genoveses») desaparece en las dos últimas. Ni siquiera

al principio del intercambio epistolar, la intimidad entre los autores fue sellada por el pacto de silencio que toda correspondencia privada parecería cumplir. La reciprocidad inicial en la confrontación de ideas cedió rápidamente cuando las réplicas del cubano subieron de tono, acudiendo a la invectiva e incorporando a su discurso las formas de la sátira y el panfleto. En la misiva que cierra este debate, Rodríguez Monegal insiste en no distanciarse de los cubanos y en no renunciar a la sanidad del diálogo; tampoco acepta la polémica en los términos agresivos en que Fernández Retamar la había conducido: «no contestaré a groserías con groserías» y «no aceptaré el papel de enemigo de Cuba y de los escritores cubanos que con tanta avidez están diseñando para mí»<sup>4</sup>.

#### PARA LLEGAR A CUBA

Ante la evidencia de que por la vía privada y cada vez menos diplomática de las epístolas no conseguiría mucho más del director de *Casa*, Rodríguez Monegal ensayó otra estrategia de aproximación, que hoy es posible reconstruir a partir de las cartas intercambiadas con César Fernández Moreno, uno de sus colaboradores más cercanos en la empresa parisina. En enero de 1967, el poeta y ensayista argentino viaja a La Habana como jurado del Premio Casa y también como participante en el Encuentro Rubén Darío, en «misión acercatoria», con el objetivo de escribir sobre Cuba para la revista del ILARI y captar, o por lo menos sondear, a los colaboradores que ya le habían sido negados a Rodríguez Monegal.

La marea cada vez más alta del antiimperialismo, que con tanta fuerza había crecido a través de la carta abierta a Neruda por su participación ese mismo año en el Congreso del PEN Club, deja a

---

<sup>4</sup> Carta de ERM a RFR, 6 de abril de 1966 (Rodríguez Monegal 1965-68).

Fernández Moreno lo suficientemente aprensivo como para desconfiar no sólo del éxito de su misión, sino también de las posibilidades reales que tendría de establecer contacto con los escritores cubanos. Los temores del argentino, largamente sopesados y calculados antes de tomar la decisión de aceptar la invitación de los cubanos, también se transparentan en su correspondencia con Rodríguez Monegal, y dan testimonio de los dilemas en que dicha polémica colocó a un sinnúmero de escritores, que se vieron abocados a optar por la toma de partido en torno a cada revista, a cada director. «doy por supuesto», escribió también Fernández Moreno, «que allí ya deben estar enterados de nuestros proyectos, y entonces, dado que ellos viven la “versión Rama”, yo resultaría un extraño invitado que en rigor encubriría a un emisario de la CIA, en una isla que ellos consideran en pie de guerra. La conclusión es fácil de sacar». La lógica culpable de este cercano colaborador de *Mundo Nuevo* parece desprenderse de la repercusión alcanzada por las respuestas de Fernández Retamar a su homólogo uruguayo. Visiblemente indeciso ante la posible hostilidad isleña, el director de *Mundo Nuevo* trata de convencerlo de la importancia de su visita:

Veo que te has tomado demasiado en serio lo de los tiburones. No creo que debas dejar de ir a la isla. Al contrario, desde nuestro punto de vista sería muy importante que fueras y que llevaras adelante tu misión de acercamiento entre la gente de la isla y nuestra revista. En esta misma misión estarán empeñados, según me acaban de informar, tanto Julio Cortázar como Mario Vargas Llosa. O sea, que no te faltarán apoyos. Lo que sí creo que no te conviene es anunciar oficialmente que piensas venir a trabajar a la revista. Para mí hay un matiz importante y es éste: ellos saben que eres colaborador de la revista y pueden suponer que estás de acuerdo con la línea de la misma. Si te invitan es porque les interesa tu colaboración. Eso no te obliga a ti a aceptar el punto de vista de ellos. Las ventajas de tu presencia en la isla ya te las he explicado en mi carta anterior. De ninguna manera se trata de una misión de espía

porque tú no vas a ver más de lo que te quieran mostrar. En cuanto a la gente como Lezama Lima, Piñera, etc., me consta que firmaron la carta abierta al PEN, porque no tenían más remedio. No hacerlo significaba exponerse a sanciones muy severas. La carta refleja un espíritu burocrático que no tiene nada que ver con el punto de vista de estos escritores. Por diversos conductos me he enterado de cuál es la posición verdadera de ellos. Esto no quiere decir que si tú vas a verlos en mi nombre te vayan a contar sus cuitas y abrirte el corazón. Lo más probable es que se cuiden de opinar nada que no sea completamente ortodoxo. Pero mi interés es que los veas, que hables con ellos de cosas literarias, que averigües qué andan escribiendo, que en fin tengas un contacto humano y artístico con ellos. Por todo esto es que insisto en que debes hacer el mayor esfuerzo posible dentro de tus medios para ir a la isla<sup>5</sup>.

Rodríguez Monegal deposita ahora toda su esperanza en la gestión de Fernández Moreno, quien, contrario a lo que su amigo le explica, parece entender el viaje a Cuba no sólo como misión, sino también como conspiración; guardar el secreto de sus estrechos vínculos con la realización de *Mundo Nuevo* sería la garantía de acceso al interior de la Casa revolucionada, y también a un universo de colaboradores que Rodríguez Monegal codiciaba en la misma medida en que *Casa* parecía ignorarlos. Lezama Lima o Virgilio Piñera se asomaban con discreción por entre las páginas de la revista cubana, mientras permanecían anónimos, o casi inaudibles, bajo el vocerío que gritaba, gesticulaba, se deslumbraba con lo inefable de una realidad que dejaría al mensajero argentino «sin palabras con que expresar».

La fina, estratégica y bien argumentada labor de convencimiento de Rodríguez Monegal apela aquí al cálculo exacto de las ventajas y desventajas del modo en que su amigo debería conducirse frente a la izquierda y administrar sus dosis de verdad, sus puntos de vista.

---

<sup>5</sup> Carta de ERM a César Fernández Moreno, París, 1 de diciembre de 1966 (Rodríguez Monegal 1965-68).

Al disuadirlo de que «de ninguna manera se trata de una misión de espía», el uruguayo comparte con Fernández Moreno su propio malestar por saber que, no muy en el fondo, estaba elaborando argumentos con los cuales liberarse de un discurso que ya en las cartas dirigidas a Fernández Retamar se sabía culpable frente al amplio apoyo con que contaba la Revolución.

Si el argentino aún se resiente con la manera en que tendrá que distorsionar su imagen intelectual ante los cubanos —una imagen que al seguir las recomendaciones de su jefe no estaría exenta de huecos, vacíos, silencios, abstenciones sobre el tema *Mundo Nuevo*—, Rodríguez Monegal consigue convencerlo mostrándole el trasfondo de una verdad menos perfecta, menos armónica, menos idílica del ambiente intelectual cubano. Muy bien informado sobre los modos en que la oficialidad isleña se garantizaba el consenso y la cohesión interna, así como los bien pensados modos de acoger a los invitados extranjeros, Rodríguez Monegal sabe de la presión bajo la cual muchos escritores firmaron la carta a Pablo Neruda; sabe que ni siquiera fueron consultados antes de que sus nombres fueran publicados; sabe que muchos, por tanto, sentían miedo; sabe, sobre todo, que la culpa por sentirse un espía es, frente a los procedimientos cubanos, un escrúpulo innecesario.

Para el director de *Mundo Nuevo* ningún esfuerzo sería entonces vano, si se lo compara con la empresa a que iba destinada: un proyecto estético que se resistía a prescindir del centro político-cultural hacia el cual todos dirigían la mirada, y que para triunfar en su totalidad necesitaba incorporar a los autores cubanos, aun cuando él sabía que no se encontraban estrechamente vinculados a *Casa*. No obstante, la publicación habanera era la única puerta de entrada que, al mismo tiempo, cortaría el acceso y tornaría opacos los lenguajes que se distanciaban de la epifanía revolucionaria.

En el paso de 1966 a 1967 el manto de la sospecha, que como veremos más adelante provocó verdaderos *mea culpa* de índole mística

en algunos colaboradores de *Mundo Nuevo*, había comenzado a caer sobre el currículo de muchos escritores, y los temores de Fernández Moreno sobre la eficacia de su misión conciliatoria no demoraron en confirmarse como reales<sup>6</sup>. De su acercamiento a la isla, lo que más importa aquí fue el modo en que hubo de aceptar y ceder ante el pedido «personal» de Fernández Retamar. Éste, en nombre de Cuba y de los cubanos, comprometió al argentino a no escribir sobre la Revolución en *Mundo Nuevo*, «porque cuanto mejor escribiera yo, peor sería para ellos (por publicarse en MN). Esta sutileza te da ya la pauta del nivel extrafino a que ha llegado la polémica sobre la llamada política cultural yanqui de penetración», le comenta finalmente Fernández Moreno a Rodríguez Monegal.

Fernández Retamar le pide a su amigo que no escriba, ni siquiera bien. Esta sutileza, además, da la medida de que no son ni la política de la institución, ni el credo ideológico del cubano, los lugares desde los que se inicia la discusión; ella parece responder, antes que nada, a la verticalidad de las decisiones partidistas, cuyo antiimperialismo era el nexo entre el resto de América Latina y la Revolución. Ninguna concesión, ningún intercambio, fue la respuesta categórica que Fernández Retamar ya le había adelantado a su oponente, y que en buena medida explica su insistencia en no ceder la imagen de una intelectualidad cubana en permanente resistencia contra el imperialismo a las páginas de una revista que insistiría en mostrar, a través de sus textos, el fin de la guerra fría cultural:

---

<sup>6</sup> Pero, al mismo tiempo, se vieron mezclados con las imágenes de lo épico y de lo folklórico con que la Revolución encantaba sus visitantes. El encuentro con la capital de la cultura revolucionaria fue para el argentino «una mezcla extraordinaria de heroísmo y adolescencia, universalismo y cerrazón, guerrillas, educación, poesía y cha cha cha, catolicismo y mulatas». Carta de César Fernández Moreno a Emir Rodríguez Monegal, Madrid, 4 de marzo de 1967.

La colaboración de intelectuales cubanos en una revista así no sería, desde luego, lo que erradicaría el maccarthismo, según nuestro deseo. De haber colaborado nosotros en *Cuadernos*, por ejemplo, no por eso tu antecesora hubiera sido una revista menos enemiga de nuestros pueblos: sus editoriales, sus notas, su orientación general, indicaban su razón de ser. Pues es obvio que una revista no es una simple suma de textos, por excelentes que éstos puedan ser. Al colaborar en una revista, no tenemos que coincidir absolutamente con su orientación: pero no es coherente que esa orientación sea opuesta a la nuestra.

Ante la negativa cubana y ante el «rudísimo golpe» (en palabras del propio Fernández Moreno) sufrido con la adhesión casi masiva<sup>7</sup> de los asistentes al Premio Casa y al Encuentro Rubén Darío (incluyendo a Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa)<sup>8</sup> a la primera Declaración

---

<sup>7</sup> Fernández Moreno no firmó ninguno de los documentos emanados de los eventos organizados por Casa de las Américas y su revista.

<sup>8</sup> En su reseña de la traducción española del libro de Stonor Saunders, *La CIA y la guerra fría cultural* (2001), el argentino Néstor Kohan recuerda que Fernández Retamar «finalmente logró, por ejemplo, que un escritor de la talla de Julio Cortázar no cayera en la trampa de las “buenas intenciones” de Monegal y se negara sistemáticamente a publicar en *Mundo Nuevo*, a pesar de que al comienzo había mantenido una actitud ambivalente». Kohan cita extensamente la correspondencia del autor de *Rayuela* con el director de *Casa*, a través de la cual es posible acompañar su «proceso de definición» a favor del lado cubano, que no estuvo exento de la necesidad de escuchar consejos: «[...] Cortázar confiesa su intención de publicar en *Mundo Nuevo* un ensayo sobre *Paradiso*, de Lezama Lima, pero subordina esta decisión a la opinión de Fernández Retamar. Así le pregunta: “¿Qué ha pasado finalmente con *Mundo Nuevo*? Mis amigos de París me dicen que los tres primeros números son inobjetable desde el punto de vista que te imaginas. Sólo conozco el primero, y no sé si tú lo has visto y te han llegado los otros. Porque como Monegal insiste en pedirme colaboración, se me ha ocurrido ahora que si la revista se mantiene en un plano digno, la publicación en ella de esas páginas sobre Lezama sería bastante sensacional en muchos aspectos. Primero, porque “lanzaría” el nombre y la obra de un gran cubano entre millares de lectores que lo desconocen por completo; segundo, porque en mi texto se dicen

del Comité de colaboración, el desconfiado visitante le propone a su director otra estrategia con vistas a salvar «el proyecto originario de la revista de diálogo», cada vez más en crisis desde la izquierda:

Uno será conseguir un *staff* de escritores de izquierda, progresistas o independientes, de tal valía que en algún modo contrapesen los que se han pronunciado en contra. Sería óptimo que este *staff* pudiera manifestarse en un sentido más o menos así: frente a la nueva política cultural yanqui los cubanos y quienes los siguen han dado tal respuesta; este otro grupo, en cambio, entiende que cabe otra, que puede consistir en aceptar las posibilidades de expresión de ideas progresistas que tal política norteamericana suministra.

Otro medio, desde luego, sería intensificar en MN el tratamiento a fondo de los problemas que preocupan a la izquierda latinoamericana y mundial, en forma tal que se vea que la revista está comprometida en una actitud crítica realmente libre de toda traba.

---

cosas muy duras sobre el bloqueo a Cuba, las barreras del miedo y la hipocresía, con el tono y la intención que te imaginas. *No contestaré a Monegal hasta no tener tu opinión*. Por eso te pido una respuesta inmediata, me bastarán dos líneas». «Finalmente», agrega Kohan, «las dudas de Cortázar se disipan. Para la política cultural antiimperialista éste fue un logro de alcance mundial, dada la centralidad de Cortázar en el mundo literario de aquellos momentos» (véase Kohan 2002). La revista trae como fecha de esta carta el 21 de julio de 1966, el mismo mes en que fue lanzada *Mundo Nuevo*, por lo cual resulta extraño que Cortázar haya mencionado la existencia de tres números, a menos de que conociera de modo anticipado el contenido de los números que Rodríguez Monegal editaría en lo sucesivo. Con relación al primero, que dice conocer y que además considera «inobjetable», veremos que la opinión de los cubanos fue bien diferente. Por otro lado, es evidente que para los escritores latinoamericanos publicar en una revista literaria organizada justamente por el crítico literario más internacional y mejor conectado del momento, y además en París, donde muchos de ellos vivían, era, a pesar de las pésimas referencias de la revista, una verdadera tentación que valía la pena negociar. Para la correspondencia de Cortázar con Fernández Retamar, véase *Casa de las Américas* 145-146, julio-octubre de 1984 (número de homenaje).

Y por último –y este punto me parece indispensable– habría que rehuir toda ambigüedad con respecto a la financiación de la revista y aclarar con pelos y señales qué es el Ilari, quién lo constituye, de dónde salen los fondos, sus relaciones con el Congreso, etc., etc., y, sobre todo, enfrentar y destruir las acusaciones respecto a la CIA.

La urgencia de Fernández Moreno en salvar un proyecto editorial que *Casa* amenaza echar por tierra ilustra con toda prolijidad el modo en que desde Cuba parece ponerse en juego la organización del campo intelectual latinoamericano, la legitimidad de las filiaciones y lecturas del contexto político desde el cual se producen los modelos intelectuales que se enfrentan en ambas revistas y fuera de ellas. La propuesta de rever las estrategias discursivas, la lista de colaboradores y la prioridad de los temarios haría de *Mundo Nuevo*, en todo caso, otra revista, esta vez regida por los parámetros establecidos desde Cuba. Sin embargo, lo que el argentino sugiere a Rodríguez Monegal es, a grandes rasgos, lo que éste ya venía haciendo desde el primer número:

Es evidente por tu carta que algunas de las acusaciones que hacen los cubanos contra *Mundo Nuevo* (poca definición sobre problemas candentes como el cubano, dominicano, vietnamita, racial...) son acusaciones completamente gratuitas ya que *Mundo Nuevo* ha publicado artículos precisamente sobre cada uno de estos temas y con posiciones que no pueden ser tergiversadas: en el núm[ero] 1 sobre Cuba, en el núm[ero] 2 sobre el Vietnam, en el núm[ero] 3 sobre Santo Domingo, etc. Lo malo, querido César, es que los cubanos se prevalen de su condición de víctimas del imperialismo yanqui para atacarnos con cualquier clase de argumentos, incluso sin argumentos. Acabo de leer el número 40 de *Casa de las Américas* y hay un artículo<sup>9</sup> en que por un lado se nos acusa de frivolidad política, citando opiniones cuidadosamente recor-

---

<sup>9</sup> Se refiere a Ambrosio Forner (1967): «New World en español» (CA 40: 106-115).

tadas de Fuentes y Sarduy e incluso una tuya sobre Martínez Estrada, y se omite decir en el mismo artículo que en los mismos números de la revista hay una presentación muy seria del caso Siniavski-Daniel, una discusión de alto nivel sobre el Vietnam, una nota mía sobre Martínez Estrada en Cuba, etc, etc. Creo que el error es tomarse muy en serio a los amigos cubanos como jueces en materia cultural, incluso política. Ellos están en el frente de batalla y bastante hacen con pegar gritos. Pero nosotros que no estamos en el frente de batalla y podemos hablar articuladamente no tenemos por qué confundirnos tanto. Precisamente nuestra responsabilidad empieza en el momento en que no estamos en el campo de batalla sino que estamos juzgando las cosas con toda lucidez y con toda calma.<sup>10</sup>

Pero Fernández Moreno no fue el único intelectual que tuvo que enfrentar el dilema *Casa / Mundo Nuevo* desde una perspectiva personal, y al mismo tiempo tratar de mantener, por sobre las asperezas del debate ideológico, los vínculos literarios y la fraternidad supra-revolucionaria que parecían resguardar al intelectual independiente.

#### UN CASO DE CORNUDOS

En el contexto de la polémica, la postura adoptada por Gabriel García Márquez ilustra cómo la discusión repercutió sobre un escritor latinoamericano joven, de éxito, comprometido con la Revolución cubana, que entraba por la puerta ancha en el mundo internacionalizado de la literatura; contrasta, además, con el radicalismo de las decisiones tomadas desde el «campo de batalla», en la distancia de un exilio europeo que por momentos tornaba imperceptibles los gritos

---

<sup>10</sup> Carta de ERM a César Fernández Moreno, 6 de marzo de 1967 (Rodríguez Monegal 1965-68).

de la isla, e invisibles las aletas de los tiburones que angustiaban a Fernández Moreno.

¿Cómo afecta la polémica a quienes no son sus protagonistas? ¿En qué situación los deja? Según el novelista colombiano, en una «abrumadora situación de cornudos». El tono jocoso empleado en su carta del 24 de mayo de 1967 al director de *Mundo Nuevo* encuentra en la picaresca una figura que suele despertar más simpatías que odios; Rodríguez Monegal es el inocente engañado y no el malvado que merece ser cornudo. De cualquier manera, es una imagen hilarante, si se asocia a la reputación de que gozaba éste como crítico y profesor, y demuestra, más allá del buen humor con que García Márquez enfrentó el mal momento, el modo temperado —y ambiguo— en que llevó adelante esta especie de farsa epistolar.

A la carta «oficial», como él y el propio director de *Mundo Nuevo* la calificaron, le sucedieron otras, «privadas», donde el tono, el tratamiento y el lenguaje cambiaron radicalmente. La oficial acude a las formalidades de un «usted» distanciado y burocratizado, emergiendo de un lenguaje no menos controlado y culto; las privadas, por el contrario, gozan de las informalidades del «tú» y se descontran en un prosaísmo franco, amistoso y solidario. Por un lado existe un vínculo personal que García Márquez no desea perjudicar, pero tampoco quiere que su imagen de escritor independiente sea cuestionada: «Se le va a uno la vida tratando de mantener una posición independiente, y a última hora resulta que lo salpican a uno por carambola... y lo peor de todo, por cuenta de una cuadrilla de cretinos. No me queda más remedio que mandarte esta carta, y espero y deseo que nada de esto interfiera nuestra amistad personal».

Con esta breve nota García Márquez introduce la epístola en que se retira como colaborador de *Mundo Nuevo*, mientras ejecuta todo tipo de malabarismos retóricos para permanecer «arriba del muro». A la concepción ideológica de lo que debe ser una revista, que Fernández Retamar ya había presentado a su oponente —«pues es obvio

que una revista no es una simple suma de textos, por excelentes que éstos puedan ser», García Márquez le opuso otra, que le garantizaba su independencia de elección y justificaba, al mismo tiempo, el hecho de haber cedido las primicias de *Cien años de soledad* a *Mundo Nuevo*: «creo y seguiré creyendo que cuando se escribe para una revista es uno quien influye en ella, y no al contrario». Pero lo que está en cuestión tanto en la epístola oficial como en las privadas es el origen espurio de la financiación de *Mundo Nuevo*, y la urgencia que sienten director y colaborador en exhibir el gesto inmaculado con que se quieren distanciar de ese origen.

La carta, por otro lado, dio lugar a una intensa negociación antes de ser publicada. El 27 de mayo de 1967 Rodríguez Monegal acepta de buena gana el papel bufonesco que tan cordialmente el colombiano lo invita a compartir junto con toda una legión de «maridos engañados», pero le sugiere que haga «un distinguo» en su carta oficial, justamente para aclarar que los fondos del ILARI provienen de la Fundación Ford, y que el momento que se discute es anterior a su entrada en *Mundo Nuevo*. Suspicious y desconfiado, García Márquez continúa escéptico ante los datos suministrados por Rodríguez Monegal, reiterando con ello su postura de escritor independiente, exento de cualquier tipo de vínculos financieros con instituciones liberales o comunistas: «La verdad, mi querido Emir, es que a partir de este momento todos los organismos se me han vuelto sospechosos. El que no juega de un lado juega del otro. El objetivo es ensuciarnos, de frente o por la espalda, porque ninguno de los dos bloques quiere darle al mundo la oportunidad de que tenga escritores independientes».

Entre el monolitismo ideológico de los extremos en pugna, Gabo se yergue, aunque acosado por la presión que lo obliga a renunciar a su lugar literario en *Mundo Nuevo*; ve en la polémica un espacio igualmente espurio desde el cual las ideologías se configuran como amenaza al humanismo, como castración de lo individual, como

privación de aquello que no se deja manipular. A pesar del credo independiente con que consigue sacarse del cuerpo las incomodidades de la polémica, no demora en bajarse del muro para caer directamente en el patio de «la Casa»: no atiende a la sugerencia de Rodríguez Monegal y, sin comunicárselo, publica su carta oficial en la revista *Encuentro liberal*<sup>11</sup>, cuando aparentemente sería *Mundo Nuevo* quien ganaría ese privilegio. Al retirarle los derechos de exclusividad, García Márquez le niega también la posibilidad de defenderse, de «dialogar» y de darle relieve a la discusión a través de su imagen de escritor joven, de izquierda y de prestigio, cuya retórica, diferente de la utilizada por Fernández Retamar, si de algo se cuidaba era de caer en la toma de partido explícita.

Al igual que los editoriales, las declaraciones y cartas abiertas, la polémica epistolar entablada por Fernández Retamar y Rodríguez Monegal puede ubicarse dentro de la literatura de combate, por la claridad con que expresan la oposición entre los rasgos discursivos de dos proyectos ideológicos diferentes, y por la manera en que los modelos intelectuales en pugna se transparentan, mezclando los credos personales con las políticas institucionales y creando, por tanto, una identidad discursiva entre textos de índole muy diferente. Esta polémica, además, deviene la expresión de un momento de cambio en las relaciones de fuerza dentro del campo intelectual latinoamericano, que concierne no sólo las transformaciones estéticas, sino además los modos de relacionarse de los intelectuales en el continente. Por otro lado, se encuentra ubicada dentro del sistema cultural-político de los

---

<sup>11</sup> «La CIA financiaba el Congreso por la Libertad de la Cultura. Un editorial de *Mundo Nuevo* y una carta de Gabriel García Márquez». En *Encuentro liberal* 6, junio 3 de 1967. En la misma página se publica el editorial «La CIA y los intelectuales», que Rodríguez Monegal había remitido a García Márquez antes de salir el número 13 de *Mundo Nuevo* (julio de 1967) como parte de la negociación para conseguir que el colombiano se pronunciase desde las páginas de la misma revista a la cual estaba renunciando.

años sesenta como entrelazamiento de «tradiciones» específicas, esto es, formas retóricas, estrategias y posiciones ideológicas particulares.

La confidencialidad de los contenidos de las cinco epístolas que inauguraron el debate, que fue inmediatamente violada por ambos directores, dio lugar a que la discusión se extendiese a otras cartas y otros tipos de textos, y que introdujera a nuevos enunciantes, como Gabriel García Márquez, César Fernández Moreno y, veremos más adelante, a Ángel Rama. Aunque no fueron concebidas como cartas abiertas, en la práctica editorial funcionaron como tales, pues sus contenidos fueron enseguida divulgados al público intelectual latinoamericano y cumplieron con la función de provocar el debate en torno a la legitimidad de las opciones individuales.

#### EL DEBATE CONTINÚA

Antes de salir el primer número de *Mundo Nuevo*, ya en las páginas de *Marcha* se habían publicado las cartas de Fernández Retamar y Rodríguez Monegal a propósito de la revista. A partir de entonces comienza la ofensiva cultural contra los cambios de la política cultural de los Estados Unidos para América Latina (CA 38, 39, 40, 41, 42), cuyo foco de atención lo fue la revista del ILARI. Pero de modo general, todos los esfuerzos de *Casa* estuvieron encaminados a desautorizar la acción de las instituciones liberales en el continente, vistas como mecanismos de penetración imperialista<sup>12</sup>. El número 39, pensado en función de esta ofensiva cubana, fue dedicado a la literatura del Uruguay, país de origen de Rama y Rodríguez Monegal,

---

<sup>12</sup> La revista *Casa* publica los documentos de una polémica peruana en torno a las actividades de la Galería Cultura y Libertad, auspiciada por la Fundación Ford a través del ILARI. CA 40: Sección «Documentos»: «Manifiesto contra la Galería Cultura y Libertad» (125-125); «Respuesta de la Galería Cultura y Libertad» (125-127); «La Cia, Cultura y Libertad y el *New York Times*» (pp. 128-129).